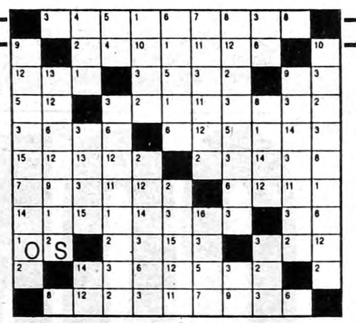
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES





CONSTANCIA

Página/2/3





VENGANZA

(Por Eduardo Blaustein) Se podría decir que lo que lo delataba era, de entrada, su cosa macilenta, los brazos blancos, el andar gelatinoso; pero no. Entre otras cosas porque no hay nada que delatar en todo esto. Lo cierto es que Jose (y no José con acento mecánico. En España casi siempre son Joses y no Josés) se portó todo lo bien que se podía portar un tipo tan colgado. Son (eran) así, no tienen (tenían) nada que perder y practican (aban) una solidaridad abúlica y natural, tal vez con vestigios de ideología o de exclusión: los demás —que rezan, compran, votan— se traen un mal rollo que no veas.

Jose era el novio de Yolanda (cuando la palabra novio había sido expulsada del paraíso marginal) que trabajaba en una carnicería y Yolanda se había hecho muy amiga de Rosa, por entonces mi novia, en el colegio de monjas (de aquella educación franquista sólo recuerdo un resultado: cuando Rosa se topaba con una monja en la calle o el metro, murmuraba sobresaltada "Toco ferro" —toco hierro en dialecto valenciano, toco madera en argentino— y hasta no rozar algún metal no se tranquilizaba). En uno de sos veramos de ida a Alicante, José me refugió en su casa y, vista a distancia, recreando más que recordando, su relación con Yolanda era de folletín. Yolanda sufría y lloraba, sufría y lloraba. Como se decía por entonces, Jose se pasaba olímpicamente de todo, Yolanda incluida,y ella se lo bancaba, como la puta prendada del cafishio, sólo que sin extracción de plusvalía. Y siempre alguna vez, cuando la desesperación de amor era atroz, imagino, Jose, perdido heroinómano, bajaba lento de su gelatina mental para descolgarse con alguna ternura imprevista, abúlica y solidaria.

—Vale tia, tranquila.

El hecho es que Jose me abrió las puertas de su casa vacía de muebles, de sillas, adornos, posters, televisión —todos aquellos objetos que denuncian la penetración de la sociedad en la guarida de un humano— y me tiró el colchón en alguna habitación pelada. Y de verdad que no consigo saber por qué soy yo el que introduce en el hipotético comedor de esa casa una pecera. Hace tres días que intento averiguarlo y hasta ahora no salgo de dos asociaciones. Una es la pecera en rojo y azul de *La ley de la calle,* ante la cual el chico de la moto reflexiona sobre los peces guerreros que se devoran los unos a los otros. La otra es la novelita de Chandler —*Peces de colores*— en la que el ex presidiario, veterano ladrón, oculta perlas valiosísimas en el vientre de sus moros chinos, los peces, cirugía mediante.

Lo que Jose guardaba celosamente en la casa vacía, vacías las paredes de recuerdos sobre la gente y su mundo, eran aquellos bistecs enrollados en papel de aluminio, encerrados para eternidades en el congelador de una heladera vieja y —también— vacía. Pero había otra cosa a la que Jose dedicaba mimos, arrullos, canturreos y un amor de furia. Sobre la única mesa de la casa había montado una suerte de invernadero eléctrico con una gran pantalla a base de tubos fluorescentes que daban calor y esperanza a los almácigos. En los almácigos, débiles y trémulos, crecían los tallitos de marihuana. Era un hecho conocido por entonces en la jardinería popular española que la marihuana puede dar unos arbustos soberbios en sencillas macetas balconeras. De ahí todo este malentendido, esta anacronía en un tiempo de crack y de cartel, de aviones AWAC contra avionetas furtivas, tiempo en que se guerrea contra narcotráfico y cocaína pero mucho más contra enemigos anónimos, pequeños, anodinos, sin relieve ni de héroes ni de antihéroes. Jose no, era un genio en su momento histórico y apostaba a la magra luz de sus fluorescentes, acariciaba los tallos biafranos de las plantitas o las velaba con un casete mil veces escuchado de Lou Reed que se enredaba y saltaba a la tercera canción.

Nunca las vi crecer y apuesto a que murieron antes de cumplir quince centímetros. Al tiempo me vine para acá y dejé de ver a Jose, a Yolanda, a Rosa, Maribel y Juan Pablo. Ya quedaron lejos los años en que la gente me preguntaba para qué volviste. En la novelita de Chandler —se me ocurre ahora— el detective Carmady se manda una cagada muy muy fuerte. Mata a varios y hace que muera Sype, el tipo de los peces, que antes de irse para siempre (releo) alcanza a decirle a su mujer:

—Los moros, Hattie, los moros.

En fin: a qué viene todo esto. Podría decirse que para vengar a Sype: podría, pero suena botón.

CONST

Fragmentos

Por Carlos Fuentes

Regresé a los Estados Unidos transido, más que por la tristeza, por el dolor de un peso creciente. La referencia del procurador español a Walter Benjamin me llevó a buscar, en la librería Vértice de Sevilla, un tomo de sus ensayos. La portada era llamativa: una reproducción de la pintura *Angelus Novus* de Paul Klee. Ahora, en el avión que volaba sobre el Atlántico, leí con emoción y asombro estas palabras de Walter Benjamin describiendo la pintura de Paul Klee, el Angel:

"Da la cara al pasado. Donde nosotros vemos una cadena de eventos, él contempla la catástrofe única que acumula ruina sobre ruina y luego las arroja a sus pies. El ángel quisiera permanecer, despertar a los muertos y devolverle la unidad a lo que ha sido roto. Pero una tormenta sopla desde el Paraíso; azota las alas del ángel con una violencia tal que ya no puede cerrar sus alas. La tormenta, irresistiblemente, lo arroja hacia el futuro al cual él le da la espalda, en tanto que las ruinas apiladas frente a él crecen hacia el cielo. La tormenta es lo que nosotros llamamos el progreso".

Traté de imaginar la muerte del hombre que escribió estas líneas que yo leía, ahora, volando en un Jumbo 747 entre Madrid y Atlanta. El 26 de setiembre de 1940, un triste grupo llegó al puesto fronterizo de Port Bou, la entrada a España desde la Francia derrotada por los nazis. Entre ese grupo de fugitivos y apátridas ansiosos de refugio, iba un hombre miope, con el pelo revuelto y un bigote a lo Groucho Marx. Habían caminado por las montañas y a lo largo de viñedos de tierra negra. Pero el hombre miope no soltaba la maleta negra llena de sus manuscritos finales. Con la mano libre se acomodaba los gruesos espejuelos con aro metálico, hirientes, a caballo sobre la nariz larga y fina. Le presentaron los documentos al jefe de la policía franquista en Port Bou, quien los rechazó: España no permitía la entrada de refugiados de nacionalidad indeterminada. Les dijo:

—Regresen a su lugar de origen. De lo contrario, mañana mismo los conduciremos al campo de concentración de Figueras y allí serán entregados a las autoridades alemanas.

El hombre con los espejuelos cegados por la angustia más que por el calor abrazó su maleta negra y miró sus zapatos cubiertos de polvo negro. Sus manuscritos no debían caer en manos de la Gestapo. Mirando hacia el Mediterráneo, acompañado de tres mujeres que lloraban junto a él, desesperadas, tres mujeres judías (como él), parte del grupo que venía huyendo de Alemania, de la Europa central devorada por la indiferencia y la negación y las utopías de los fuertes, Walter Benjamin pensó en el Atlántico que quería cruzar rumbo a América y acaso imaginó este Mediterráneo que miraba por última vez como el pasado arruinado, incapaz de restaurar su unidad original. Su patria primera, su hogar del alba. Quiso voltearse hacia el Atlántico que yo, el americano Whitby Hull, cruzo ahora con alas heladas aunque libres e imagino al ángel Benjamin con sus alas inmóviles, mirando la acumulación de ruinas de la historia y sin embargo, agradeciendo su visión final; la ruina revela la verdad porque es lo que queda; la ruina es la permanencia de la historia.

Vuelo sobre el Atlántico y dejo de quebrarme la cabeza reconstruyendo cronologías, atando cabos, resolviendo misterios. ¿No he aprendido nada, entonces? Estamos rodeados del enigma y lo poco que entendemos racionalmente es la excepción a un mundo enigmático. La razón es la excepción, no la regla. El enigma nos nutre, nos sostiene, porque nos asombra; y el asombro *—maravillarse—* es el mar que rodea la isla de la lógica, o algo por el estilo, me digo sentado en el aire a treinta mil pies de altura. Recuerdo a Vivien Leigh en *Ana Karenina*; recuerdo el recuerdo de una puesta en escena de *El último emperador* por Piscator en Berlín, evocada por mi vecino el actor, y entiendo por qué motivo el arte es el símbolo más preciso (y precioso) de la vida. El arte propone un enigma, pero la solución del enigma es otro enigma.

Me digo algo más. Y es que cuanto ha ocurrido en ese mar que rodea mi islita racional es lo más común, lo menos excepcional: el hombre hace sufrir al hombre. La felicidad y el éxito son tan excepcionales como la lógica; la experiencia más generalizada del hombre es la derrota y el sufrimiento. No podemos seguir separados de esto, nosotros, los norteamericanos convencidos de que tenemos derecho a la felicidad. No podemos. El destino de Walter Benjamin o el de Vsevelod Meyerhold no son excepcionales. El mío —protegido, razonablemente feliz— y el de mis vecinos, sí que lo es.

Quizá por ello, ellos se acercaron a mí. Lanzo una carcajada en pleno vuelo, rompiendo un silencio superior al batir de las alas del nuevo ángel tecnológico: me vieron tan saludable, tan bueno, que me escogieron para vivir cuarenta y un años más allá de su muerte, muerto el niño cuidado por el padre que recibía la vida de la mujer que la recibía de mí, de mí, de mí... Y ahora, concluí provisionalmente, el padre se ha agotado al fin y ella se ha ido a reunir con ellos, a cuidar a la familia... Provisionalmente, dije. ¿Qué enigma novedoso encierra esta solución pasajera?

Vuelo sobre el Atlántico y trato con un esfuerzo que jamás he experimentado antes de imaginar a Walter Benjamin mirando las ruinas del Mediterráneo mientras me ofrecen una bolsita de cacahuates, un *Bloody Mary*, una servilleta perfumada para refrescarme, luego una servilleta caliente que me pongo sobre la cara para evitar los requerimientos constantes de la azafata e imaginar, en cambio, no una ruina sino un flujo sin fin, un río pardo cruzando del Viejo al Nuevo Mundo, una corriente de emigrados, perseguidos, refugiados, entre los cuales destaco a un hombre, una mujer y un niño que creo reconocer, por un instante, antes de que la marcha de los fugitivos los ahogue: la fuga de Palestina a Egipto, la fuga de las juderías de España a los ghettos del Báltico, la fuga de Rusia a Alemania a España a América, los judíos arrojados a Palestina, los palestinos arrojados fuera de Israel, fuga perpetua, polifonía del dolor, babel del llanto, interminable, interminable: éstas eran las voces, los cánticos de las ruinas, la gran salmodia del refugio, para evitar la muerte en la hoguera de Sevilla, en la tundra de Murmansk, en el horno de Bergen-Belsen... Este era el gran flujo fantasmal de la historia, contemplado por el ángel como una catástrofe única.

—Aquí tiene sus audífonos, señor. Música clásica en el canal dos, jazz en el tres, chistes en el cuatro, música tropical en el cinco, la banda sonora de la película en inglés en el diez y en español, si prefiere, en el once...

Enchufo el aparato y hago girar la selección de canales. Me detiene una voz grave que habla en alemán diciendo:

"El ángel da la cara al pasado... Contempla la catástrofe única... Una tormenta sopla desde el paraíso..."

Abro los ojos. Miro las alas del avión. Miro las nubes perfectamente plácidas a nuestros pies. Quiero voltear la cabeza y mitar hacia atrás. Allí veo a ese hombrecillo con los espejuelos, el bigote, los zapatos de tierra negra y la maleta de manuscritos negros, mirando hacia el mar del origen desde la tierra de la expulsión judía de 1492, el año mismo del descubrimiento de la América, a la cual regreso solo, y por el canal de mi preferencia me llega una voz que reconozco por mis lecturas, es la voz de las cartas escritas por los judíos expulsados de España pero también es la voz de Constancia mi amada, y yo quisiera, apasionadamente, que desde esta altura de mi ángel de plata, insensible y ciego al pasado como al futuro, Walter Benjamin escuchase esta carta dicha por mi mujer perdida, oyéndola en el momento de ingerir la dosis de morfina y dormirse para siempre, huérfano de la historia, refugiado del progreso, fugitivo del dolor, en un pequeño cuarto de hotel de Port Bou:

Séllame con tu mirada
Llévame donde quiera que estés
Protégeme con tu mirada
Llévame como una reliquia
Llévame como un juguete, como un ladrillo.

Cuando Walter Benjamin fue encontrado muerto en su habitación el 26 de setiembre de 1940, su fuga había terminado. Pero sus papeles desaparecieron. Su cuerpo también: nadie sabe dónde está enterrado. En cambio, las autoridades franquistas se sintieron amenazadas por el incidente y dejaron entrar a España a las tres mujeres judías que lloraron junto al lecho del escritor, judío como ellas.

¿Cuántos más lograron escapar a la muerte? Me imagino que habrían hecho cualquier cosa para salvarse, incluyendo el suicidio. Cualquier cosa para llegar a la otra orilla. Perdóname, Constancia, por haberme tardado tanto en traerte a América... Repetí esto varias veces, tratando de dormir (a pesar de los ofrecimientos de las azafatas); pero mi sueño era una serie de imágenes de muerte brutal, de fuga y de prolongación morbosa de la voluntad de vivir.

Estas eran mis pesadillas. Me rescataba de ellas la idea de que mi casa me esperaba, al fin y al cabo, como un remanso, y que mi viaje a España lo había exorcizado todo. Pensaba en Constancia y le daba las gracias; quizás ella había asumido todas las pesadillas del mundo a fin de que yo no las sufriera. Al menos, quise pensar esto. Quería estar seguro de que a mi regreso a casa ella ya no estaría allí. Y me juré a mí mismo viendo acercarse la costa norteamericana, que nunca más visitaría la casa de Plotnikov en la Plaza Wright; nunca sucumbiría a la curiosidad de saber quiénes dormían allí. De eso dependía mi salud.

Cuando regresé a Savannah, era ya el tiempo del otoño feneciente, pero en el Sur un tibio verano indio persistía, dorándolo todo con una suavidad bien lejana a los colores que cicatrizaban en mi mente: sangre, pólvora y plata; iconos dorados, vírgenes gitanas, alas de metal; zapatos rojos, maletas negras.

Me esperaba el dédalo de Savannah, una imagen gemela aunque enemiga de Sevilla, dos ciudades laberinto, depositarias de las paradojas y enigmas de dos mundos, uno llamado Nuevo, el otro Viejo. Me pregunté, en el taxi que me llevaba a casa, qué era más viejo, qué era más nuevo, y la síntesis de las imágenes que me perseguían ganaba una voz fugaz sólo para decirme, suspendida en el mar, entre los dos mundos.

Séllame con tu mirada
Llévame donde quiera que estés...



CONSTANCIA

Fragmentos de una novela

Por Carlos Fuentes

Regresé a los Estados Unidos transido, más que por la tristeza, por el dolor de un peso creciente. La referencia del procurador español a Walter Benjamin me llevó a buscar, en la librería Vértice de Sevilla, un tomo de sus ensayos. La portada era llamativa: una reproducción de la pintura *Angelus Novus* de Paul Klee. Ahora, en el avión que volaba sobre el Atlántico, leí con emoción y asombro estas palabras de Walter Benjamin describiendo la pintura de Paul Klee, el Angel:

"Da la cara al pasado. Donde nosotros vemos una cadena de eventos, él contempla la catástrofe única que acumula ruina sobre ruina y luego las arroja a sus pies. El ángel quisiera permanecer, despertar a los muertos y devolverle la unidad a lo que ha sido roto. Pero una tormenta sopla desde el Paraíso; azota las alas del ángel con una violencia tal que ya no puede cerrar sus alas. La tormenta, irresistiblemente, lo arroja hacia el futuro al cual él le da la espalda, en tanto que las ruinas apiladas frente a él crecen hacia el cielo. La tormenta es lo que nosotros llamamos el progreso".

Traté de imaginar la muerte del hombre que escribió estas líneas que yo leía, ahora, volando en un Jumbo 747 entre Madrid y Atlanta. El 26 de setiembre de 1940, un triste grupo llegó al puesto fronterizo de Port Bou, la entrada a España desde la Francia derrotada por los nazis. Entre ese grupo de fugitivos y apátridas ansiosos de refugio, iba un hombre miope, con el pelo revuelto y un bigote a lo Groucho Marx. Habían caminado por las montañas y a lo largo de viñedos de tierra negra. Pero el hombre miope no soltaba la maleta negra llena de sus manuscritos finales. Con la mano libre se acomodaba los gruesos espejuelos con aro metálico, hirientes, a caballo sobre la nariz larga y fina. Le presentaron los documentos al jefe de la policía franquista en Port Bou, quien los rechazó: España no permitía la entrada de refugiados de nacionalidad indeterminada. Les dijo:

—Regresen a su lugar de origen. De lo contrario, mañana mismo los conduciremos al campo de concentración de Figueras y allí serán entregados a las autoridades alemanas.

El hombre con los espejuelos cegados por la angustia más que por el calor abrazó su maleta negra y miró sus zapatos cubiertos de polvo negro. Sus manuscritos no debían caer en manos de la Gestapo. Mirando hacia el Mediterráneo, acompañado de tres mujeres que lloraban junto a él, desesperadas, tres mujeres judías (como él), parte del grupo que venía huyendo de Alemania, de la Europa central devorada por la indiferencia y la negación y las utopías de los fuertes, Walter Benjamin pensó en el Atlántico que quería cruzar rumbo a América y acaso imaginó este Mediterráneo que miraba por última vez como el pasado arruinado, incapaz de restaurar su unidad original. Su patria primera, su hogar del alba. Quiso voltearse hacia el Atlántico que yo, el americano Whitby Hull, cruzo ahora con alas heladas aunque libres e imagino al ángel Benjamin con sus alas inmóviles, mirando la acumulación de ruinas de la historia y sin embargo, agradeciendo su visión final; la ruina revela la verdad porque es lo que queda; la ruina es la permanencia de la historia.

Vuelo sobre el Atlántico y dejo de quebrarme la cabeza reconstruyendo cronologías, atando cabos, resolviendo misterios. ¿No he aprendido nada, entonces? Estamos rodeados del enigma y lo poco que entendemos racionalmente es la excepción a un mundo enigmático. La razón es la excepción, no la regla. El enigma nos nutre, nos sostiene, porque nos asombra; y el asombro —*maravillarse*— es el mar que rodea la isla de la lógica, o algo por el estilo, me digo sentado en el aire a treinta mil pies de altura. Recuerdo a Vivien Leigh en *Ana Karenina*; recuerdo el recuerdo de una puesta en escena de *El último emperador* por Piscator en Berlín, evocada por mi vecino el actor, y entiendo por qué motivo el arte es el símbolo más preciso (y precioso) de la vida. El arte propone un enigma, pero la solución del enigma es otro enigma.

Me digo algo más. Y es que cuanto ha ocurrido en ese mar que rodea mi islita racional es lo más común, lo menos excepcional: el hombre hace sufrir al hombre. La felicidad y el éxito son tan excepcionales como la lógica; la experiencia más generalizada del hombre es la derrota y el sufrimiento. No podemos seguir separados de esto, nosotros, los norteamericanos convencidos de que tenemos derecho a la felicidad. No podemos. El destino de Walter Benjamin o el de Vsevelod Meyerhold no son excepcionales. El mío —protegido, razonablemente feliz— y el de mis vecinos, sí que lo es.

Quizá por ello, ellos se acercaron a mí. Lanzo una carcajada en pleno vuelo, rompiendo un silencio superior al batir de las alas del nuevo ángel tecnológico: me vieron tan saludable, tan bueno, que me escogieron para vivir cuarenta y un años más allá de su muerte, muerto el niño cuidado por el padre que recibía la vida de la mujer que la recibía de mí, de mí, de mí... Y ahora, concluí provisionalmente, el padre se ha agotado al fin y ella se ha ido a reunir con ellos, a cuidar a la familia... Provisionalmente, dije. ¿Qué enigma novedoso encierra esta solución pasajera?

Vuelo sobre el Atlántico y trato con un esfuerzo que jamás he experimentado antes de imaginar a Walter Benjamin mirando las ruinas del Mediterráneo mientras me ofrecen una bolsita de cacahuates, un *Bloody Mary*, una servilleta perfumada para refrescarme, luego una servilleta caliente que me pongo sobre la cara para evitar los requerimientos constantes de la azafata e imaginar, en cambio, no una ruina sino un flujo sin fin, un río pardo cruzando del Viejo al Nuevo Mundo, una corriente de emigrados, perseguidos, refugiados, entre los cuales destaco a un hombre, una mujer y un niño que creo reconocer, por un instante, antes de que la marcha de los fugitivos los ahogue: la fuga de Palestina a Egipto, la fuga de las juderías de España a los ghettos del Báltico, la fuga de Rusia a Alemania a España a América, los judíos arrojados a Palestina, los palestinos arrojados fuera de Israel, fuga perpetua, polifonía del dolor, babel del llanto, interminable, interminable: éstas eran las voces, los cánticos de las ruinas, la gran salmodia del refugio, para evitar la muerte en la hoguera de Sevilla, en la tundra de Murmansk, en el horno de Bergen-Belsen... Este era el gran flujo fantasmal de la historia, contemplado por el ángel como una catástrofe única.

—Aquí tiene sus audífonos, señor. Música clásica en el canal dos, jazz en el tres, chistes en el cuatro, música tropical en el cinco, la banda sonora de la película en inglés en el diez y en español, si prefiere, en el once...

Enchufo el aparato y hago girar la selección de canales. Me detiene una voz grave que habla en alemán diciendo:

"El ángel da la cara al pasado... Contempla la catástrofe única... Una tormenta sopla desde el paraíso..."

Abro los ojos. Miro las alas del avión. Miro las nubes perfectamente plácidas a nuestros pies. Quiero voltear la cabeza y mirar hacia atrás. Allí veo a ese hombrecillo con los espejuelos, el bigote, los zapatos de tierra negra y la maleta de manuscritos negros, mirando hacia el mar del origen desde la tierra de la expulsión judía de 1492, el año mismo del descubrimiento de la América, a la cual regreso solo, y por el canal de mi preferencia me llega una voz que reconozco por mis lecturas, es la voz de las cartas escritas por los judíos expulsados de España pero también es la voz de Constancia mi amada, y yo quisiera, apasionadamente, que desde esta altura de mi ángel de plata, insensible y ciego al pasado como al futuro, Walter Benjamin escuchase esta carta dicha por mi mujer perdida, oyéndola en el momento de ingerir la dosis de morfina y dormirse para siempre, huérfano de la historia, refugiado del progreso, fugitivo del dolor, en un pequeño cuarto de hotel de Port Bou:

Séllame con tu mirada
Llévame donde quiera que estés
Protégeme con tu mirada
Llévame como una reliquia
Llévame como un juguete, como un ladrillo.

Cuando Walter Benjamin fue encontrado muerto en su habitación el 26 de setiembre de 1940, su fuga había terminado. Pero sus papeles desaparecieron. Su cuerpo también: nadie sabe dónde está enterrado. En cambio, las autoridades franquistas se sintieron amenazadas por el incidente y dejaron entrar a España a las tres mujeres judías que lloraron junto al lecho del escritor, judío como ellas.

¿Cuántos más lograron escapar a la muerte? Me imagino que habrían hecho cualquier cosa para salvarse, incluyendo el suicidio. Cualquier cosa para llegar a la otra orilla. Perdóname, Constancia, por haberme tardado tanto en traerte a América... Repetí esto varias veces, tratando de dormir (a pesar de los ofrecimientos de las azafatas); pero mi sueño era una serie de imágenes de muerte brutal, de fuga y de prolongación morbosa de la voluntad de vivir.

Estas eran mis pesadillas. Me rescataba de ellas la idea de que mi casa me esperaba, al fin y al cabo, como un remanso, y que mi viaje a España lo había exorcizado todo. Pensaba en Constancia y le daba las gracias; quizás ella había asumido todas las pesadillas del mundo a fin de que yo no las sufriera. Al menos, quise pensar esto. Quería estar seguro de que a mi regreso a casa ella ya no estaría allí. Y me juré a mí mismo viendo acercarse la costa norteamericana, que nunca más visitaría la casa de Plotnikov en la Plaza Wright; nunca sucumbiría a la curiosidad de saber quiénes dormían allí. De eso dependía mi salud.

Cuando regresé a Savannah, era ya el tiempo del otoño feneciente, pero en el Sur un tibio verano indio persistía, dorándolo todo con una suavidad bien lejana a los colores que cicatrizaban en mi mente: sangre, pólvora y plata; iconos dorados, vírgenes gitanas, alas de metal; zapatos rojos, maletas negras.

Me esperaba el dédalo de Savannah, una imagen gemela aunque enemiga de Sevilla, dos ciudades laberinto, depositarias de las paradojas y enigmas de dos mundos, uno llamado Nuevo, el otro Viejo. Me pregunté, en el taxi que me llevaba a casa, qué era más viejo, qué era más nuevo, y la síntesis de las imágenes que me perseguían ganaba una voz fugaz sólo para decirme, suspendida en el mar, entre los dos mundos.

Séllame con tu mirada
Llévame donde quiera que estés...

Cuando el taxi se detuvo frente a mi casa, respiré profundamente, saqué la llave y di voluntariamente la espalda a la casa de la esquina de la calle Drayton y la plaza Wright. Por el rabo de los ojos vi la acumulación —inexplicable— de periódicos y botellas de leche frente a la puerta empecinada de la morada de monsieur Plotnikov.

En cambio, el porche de mi casa estaba limpio de botellas o de papeles. Mi corazón dio un salto: Constancia había regresado, me esperaba... No tuve que abrir la puerta. Al tratar de introducir la llave (pensando, qué remedio, en la horquilla de Constancia), la puerta, empujada por mí, se abrió sola y todos mis fantasmas reencarnaron de un golpe. Pero ya no pude, por algún motivo, pensar más en Constancia sola. En cambio pensé: aquí me esperan ellos, invitándome a unirme a ellos. Constancia nunca sola.

—Visíteme, Gospodin Hull, el día de su propia muerte. Esa es mi condición. Nuestra salud depende de ello.

Acepté en ese instante que éste —el día de mi regreso al hogar— era el día de mi muerte. Me di cuenta, con un sentimiento de vértigo, de que todos los aparecidos (¿cómo llamarlos?) de esta historia reclamaban solamente un aplazamiento, la gracia de unos días más de vida: en Port Bou, en Moscú, en Sevilla, en Savannah: ¿Por qué iba a ser yo la excepción? ¿Carecía yo solo de la humildad necesaria para hincarme —frente al Mediterráneo o el Atlántico, en las dos orillas— y pedir:

—Por favor, un día más de vida. Por favor...?



Sólo que un ruido terrible me devolvió a la vida; un ruido perfectamente identificable de cacerolas caídas, vidrio roto, confusión... Entré con rapidez a la casa, dejando afuera las maletas. El ruido venía del sótano de la casa. Constancia, tuve que pensar de nuevo en Constancia: todo fue una pesadilla, mi amor, has regresado, estamos juntos de vuelta, todo ha sido coincidencia, falsa premisa, suposición engañosa, Constancia... lo único duradero es nuestro amor. Pero tú quieres arrastrarme contigo.

Bajé apresuradamente por las escalerillas de madera al sótano. Olía a humo, a leche hervida y derramada, a viruta y a cosas picantes. Me protegí la mirada con una mano abierta, la nariz con el pañuelo. Ellos estaban acurrucados en un rincón, protegiéndose entre sí, abrazados los tres, guarecidos por las pilas de papel periódico acumulado durante un mes de ausencia.

El hombre moreno, joven, bigotón, con el pelo cerdoso y revuelto, los ojos de mapache, a la vez inocentes y sospechosos, la camisa y el pantalón azules, las botas viejas, abrazado a la mujer con cara de venadillo, el pelo restirado, en chongo, la barriga grande y la ropa floja, esperando al siguiente niño, porque abrazaba a uno de quince o veinte meses, moreno y sonriente, con una gran risa blanca en medio del oscuro terror de sus padres.

señor, por favor, no nos delates.

señor, vimos esta casa abandonada, nadie entraba, nadie salía.

señor, por el amor de Dios, no nos delates, no nos regreses al Salvador, nos han matado a todos, sólo quedamos nosotros, sólo nosotros tres cruzamos el río Lempa.

señor, los demás cayeron muertos, vieras cómo llovieron las balas sobre el río esa noche, las luces, los aviones, las balas, para que no quedara nadie vivo en nuestro pueblo, ningún testigo, ninguna voz, para que nadie pudiera huir siquiera, la muerte a fuerzas.

señor, pero nosotros nos salvamos de milagro, sólo quedamos nosotros vivos de ese pueblo, deja que nazca nuestro hijo, un día queremos regresar, pero antes hay que vivir, antes hay que nacer para regresar un día, ahora no se puede vivir en nuestra patria.

señor, no nos denuncies, mira ve, todas estas semanas no he estado de ocioso.

señor, mira ve, aquí mismo, encontré tus cosas de carpintería, yo era carpintero en mi pueblo, he estado reparando cosas en tu casa, había muchos sillones con las patas rotas, muchas mesas que crujían, caray, pues como cajones de muerto, caray.

señor, las he estado arreglando, verás, hasta te hice una nueva mesa con cuatro sillas como las hacemos en mi tierra, muy bonitas, espero que te gusten.

señor, verás, mi mujer y el tierno no han bebido tu leche en vano, yo no he comido tu pan sin pagártelo.

señor, si supieras, lo matan a uno para purito escarmiento, dicen, no se sabe cuándo nos van a matar, matan niños, matan mujeres, y viejos también, no nos queda nadie, sólo nosotros: no nos mandes de regreso, por el amor de Dios, por lo que más quieras, sálvanos.

señor...

No sé por qué me detuve un instante indeciso y turbado, pensando confusamente que yo no era más que un intermediario de todas estas historias, un puente entre un dolor y otro, entre una esperanza y la siguiente, entre dos lenguas, dos memorias, dos edades y dos muertes, y si por un momento este hecho subyacente —mi función intermediaria— me ofendió, ahora no, ahora acepté ser esto y serlo con alegría, con honor, ser el intermediario entre realidades que yo no poseía, ni siquiera dominaba, pero que se presentaban ante mí y me decían: nada nos debes, salvo el hecho de que tú sigues vivo y no puedes abandonarnos al exilio, a la muerte y al olvido. Danos un poco más de vida, aunque tú sólo la llames recuerdo, qué te cuesta.

Vi a la pareja fugitiva y a su hijo primogénito y quisiera haberle dicho entonces a Constancia, no importa, de verdad que no me importa que me hayas usado así, estoy contento de saber que cada día tomabas un poco de mi vida para ti y te alcanzaba para cruzar la calle y llevársela al señor Plotnikov. Siento mucho que no haya alcanzado para el niño. O quizás él llegó muerto ya, en un cajoncito pequeño entre los cajones grandes con pianos y cuadros, samovares y túmulos que ustedes mandaron desde España antes de que los mataran... Imagino, cerca de la pareja de salvadoreños y su niño, las ventanas salidizas del puerto de Cádiz, las viejas escondidas tras los visillos, mirando en secreto la salida a América de los barcos, los marineros, los fugitivos, los muertos. Imagino el balcón de vidrio de Cádiz una tarde ensangrentada, cuando el viento de Levante agita los pinos de talle desnudo y copas frondosas y parte un barco lleno de los muebles, los mantones, las fotografías, los cuadros y los iconos de una familia rusa, parte con un hombre y un niño muertos, escondidos entre sus posesiones que llegan a Savannah y se instalan de noche en la casa de enfrente mientras una muchacha yace entre los girasoles quemados del fin del verano y el aire levantino agita su cabellera negra y la voz del padre, del amante, del esposo, del hijo, le dicen, quédate allá, revive allá, déjanos muertos y sigue viviendo tú, Constancia, en nombre nuestro, no te des por vencida, que no te derrote la violencia impune de la historia, sobrevive, Constancia, no te dejes desterrar, sirve de dique a la marea fugitiva, al menos tú sálvate, hijita, madre, hermana nuestra, no te sumes a la corriente del exilio, por lo menos tú, quédate allá, crece allá, sirve de signo: *ellos estuvieron aquí*. Protégenos con tu recuerdo, séllanos con tu mirada... Recuerdo, mirando a los nuevos refugiados de una tierra cercana a la mía, mis viejas conversaciones con *monsieur* Plotnikov e imagino a Constancia asesinada entre girasoles muertos y esteros inmóviles, a las puertas de Cádiz, respondiendo, llévame donde quiera que éstes, llévame como una reliquia de la mansión del dolor, llévame como un juguete, como un ladrillo. Implorando.

Imagino, sólo imagino; no sé nada, aunque sí siento, hasta las lágrimas, el dolor de las separaciones, la lejanía de los seres que adoramos. Pero desde ahora lo imagino solamente —a Constancia, a Plotnikov, al niño muerto—, porque los veo al fin como parte de algo más grande y que yo no comprendía. ¿Cuánto tiempo estuviste, Constancia, llevándoles vida —mi vida— a tus muertos? No importa. Yo estoy vivo ahora. Quizá tú no moriste en Cádiz al terminar la Guerra Civil —ah, dijo el joven archivista sevillano, el mundo estaba tan revuelto, sólo poco a poco se han ido reconstituyendo los hechos, tantas muertes, ¿tantas supervivencias también, tantas resurrecciones, tantos muertos oficiales que quizá sólo fueron fugitivos secretos?— y sólo esperaste, con paciencia, a que yo, o alguien parecido a mí, llegara y te trajera a América, cerca de lo que realmente te interesaba: ellos, que ya estaban aquí.

¿Cuánto tiempo estuviste, Costancia, llevándoles vida —mi vida— a tus muertos? No importa. Yo estoy vivo ahora. Tú estás donde quieres estar. Dales consuelo a tus muertos. Sólo te tienen a ti. Me detuve y pensé esto antes de hacer lo que tenía que hacer, que fue caminar hacia ellos, lentamente, hacia ellos, lentamente, hacia el hombre, la mujer y el niño, rodeados de sus bultos maliados y de mis periódicos viejos, las virutas en el suelo, el serrucho y el martillo, las tablas cruzadas, las estampas de la virgen pegados ya a las paredes: mi casa, habitada siempre, habitada de nuevo.

Todas las noches, las luces de la casa del señor Plotnikov se prenden. Les doy resueltamente la espalda. El resplandor entra por mis ventanas e ilumina los lomos dorados de mis libros. Trato de cerrar los ojos. Pero la convocatoria es perpetua: me llaman. Más tarde, las luces se apagan. Yo sólo iré a reunirme con Constancia el día de mi muerte. Antes no. El viejo autor me lo advirtió: —Vendrá usted a visitarme, Gospodin Hull, el día de su muerte. Lo esperamos. Nuestra salud depende de ello. No olvide.

Ahora me dirijo a la familia que me pidió asilo, llego hasta ellos y los abrazo muy fuerte, no se preocupen, quédense, vamos a hacer trabajos de carpintería juntos, no es malo para un viejo cirujano retirado, tengo cierta habilidad manual, quédense, pero tomen estos lápices, papel, plumas, por si los pescan, recuerden que éstas son cosas no confiscables, para que se comuniquen conmigo si los encarcelan, para que reclamen ayuda legal, lápices, papel, plumas, tráiganlos siempre con ustedes, ¿qué más saben hacer?, ¿alfarería?, ah, la tierra aquí es buena para eso, vamos a comprar un torno, ustedes me enseñarán, haremos platos, vasijas, floreros (toronjil, verbena...), mis manos no estarán ociosas, la alfarería es un trabajo sensual, mis manos están ávidas de tacto, no se preocupen, quédense, aún no, no se vayan, abrácenme, todavía tenemos mucho que hacer.

TANCIA

le una novela

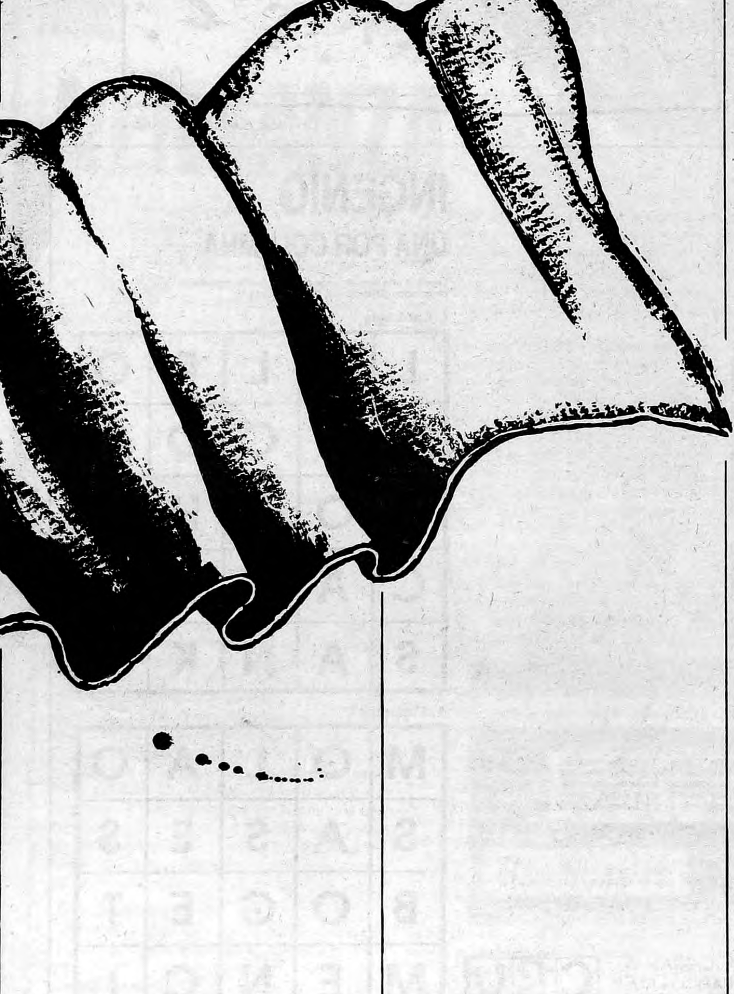
Cuando el taxi se detuvo frente a mi casa, respiré profundamente, saqué la llave y di voluntariamente la espalda a la casa de la esquina de la calle Drayton y la plaza Wright. Por el rabo de los ojos vi la acumulación —inexplicable— de periódicos y botellas de leche frente a la puerta empecinada de la morada de monsieur Plotnikov.

En cambio, el porche de mi casa estaba limpio de botellas o de papeles. Mi corazón dio un salto: Constancia había regresado, me esperaba... No tuve que abrir la puerta. Al tratar de introducir la llave (pensando, qué remedio, en la horquilla de Constancia), la puerta, empujada por mí, se abrió sola y todos mis fantasmas reencarnaron de un golpe. Pero ya no pude, por algún motivo, pensar más en Constancia sola. En cambio pensé: aquí me esperan ellos, invitándome a unirme a ellos. Constancia nunca sola.

—Visíteme, Gospodin Hull, el día de su propia muerte. Esa es mi condición. Nuestra salud depende de ello.

Acepté en ese instante que éste —el día de mi regreso al hogar— era el día de mi muerte. Me di cuenta, con un sentimiento de vértigo, de que todos los aparecidos (¿cómo llamarlos?) de esta historia reclamaban solamente un aplazamiento, la gracia de unos días más de vida: en Port Bou, en Moscú, en Sevilla, en Savannah: ¿Por qué iba a ser yo la excepción? ¿Carecía yo solo de la humildad necesaria para hincarme —frente al Mediterráneo o el Atlántico, en las dos orillas— y pedir:

—Por favor, un día más de vida. Por favor...?



Sólo que un ruido terrible me devolvió a la vida; un ruido perfectamente identificable de cacerolas caídas, vidrio roto, confusión... Entré con rapidez a la casa, dejando afuera las maletas. El ruido venía del sótano de la casa. Constancia, tuve que pensar de nuevo en Constancia: todo fue una pesadilla, mi amor, has regresado, estamos juntos de vuelta, todo ha sido coincidencia, falsa premisa, suposición engañosa, Constancia... lo único duradero es nuestro amor. Pero tú quieres arrastrarme contigo.

Bajé apresuradamente por las escalerillas de madera al sótano. Olía a humo, a leche hervida y derramada, a viruta y a cosas picantes. Me protegí la mirada con una mano abierta, la nariz con el pañuelo. Ellos estaban acurrucados en un rincón, protegiéndose entre sí, abrazados los tres, guarecidos por las pilas de papel periódico acumulado durante un mes de ausencia.

El hombre moreno, joven, bigotón, con el pelo cerdoso y revuelto, los ojos de mapache, a la vez inocentes y sospechosos, la camisa y el pantalón azules, las botas viejas, abrazado a la mujer con cara de venadillo, el pelo restirado, en chongo, la barriga grande y la ropa floja, esperando al siguiente niño, porque abrazaba a uno de quince o veinte meses, moreno y sonriente, con una gran risa blanca en medio del oscuro terror de sus padres.

señor, por favor, no nos delates.

señor, vimos esta casa abandonada, nadie entraba, nadie salía.

señor, por el amor de Dios, no nos delates, no nos regreses al Salvador, nos han matado a todos, sólo quedamos nosotros, sólo nosotros tres cruzamos el río Lempa.

señor, los demás cayeron muertos, vieras cómo llovieron las balas sobre el río esa noche, las luces, los aviones, las balas, para que no quedara nadie vivo en nuestro pueblo, ningún testigo, ninguna voz, para que nadie pudiera huir siquiera, la muerte a fuerzas.

señor, pero nosotros nos salvamos de milagro, sólo quedamos nosotros vivos de ese pueblo, deja que nazca nuestro hijo, un día queremos regresar, pero antes hay que vivir, antes hay que nacer para regresar un día, ahora no se puede vivir en nuestra patria.

señor, no nos denuncies, mira ve, todas estas semanas no he estado de ocioso.

señor, mira ve, aquí mismo, encontré tus cosas de carpintería, yo era carpintero en mi pueblo, he estado reparando cosas en tu casa, había muchos sillones con las patas rotas, muchas mesas que crujían, caray, pues como cajones de muerto, caray.

señor, las he estado arreglando, verás, hasta te hice una nueva mesa con cuatro sillas como las hacemos en mi tierra, muy bonitas, espero que te gusten.

señor, verás, mi mujer y el tierno no han bebido tu leche en vano, yo no he comido tu pan sin pagártelo.

señor, si supieras, lo matan a uno para purito escarmiento, dicen, no se sabe cuándo nos van a matar, matan niños, matan mujeres, y viejos también, no nos queda nadie, sólo nosotros: no nos mandes de regreso, por el amor de Dios, por lo que más quieras, sálvanos.

señor...

No sé por qué me detuve un instante indeciso y turbado, pensando confusamente que yo no era más que un intermediario de todas estas historias, un puente entre un dolor y otro, entre una esperanza y la siguiente, entre dos lenguas, dos memorias, dos edades y dos muertes, y si por un momento este hecho subyacente —mi función intermediaria— me ofendió, ahora no, ahora acepté ser esto y serlo con alegría, con honor, ser el intermediario entre realidades que yo no poseía, ni siquiera dominaba, pero que se presentaban ante mí y me decían: nada nos debes, salvo el hecho de que tú sigues vivo y no puedes abandonarnos al exilio, a la muerte y al olvido. Danos un poco más de vida, aunque tú sólo la llames recuerdo, qué te cuesta.

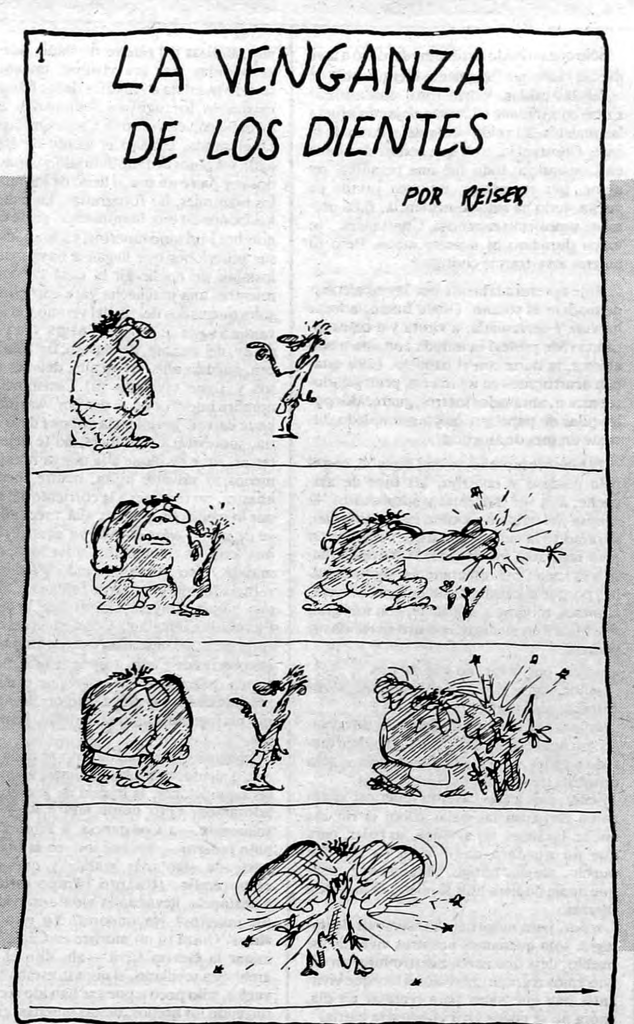
Vi a la pareja fugitiva y a su hijo primogénito y quisiera haberle dicho entonces a Constancia, no importa, de verdad que no me importa que me hayas usado así, estoy contento de saber que cada día tomabas un poco de mi vida para ti y te alcanzaba para cruzar la calle y llevársela al señor Plotnikov. Siento mucho que no haya alcanzado para el niño. O quizás él llegó muerto ya, en un cajoncito pequeño entre los cajones grandes con pianos y cuadros, samovares y túmulos que ustedes mandaron desde España antes de que los mataran... Imagino, cerca de la pareja de salvadoreños y su niño, las ventanas salidizas del puerto de Cádiz, las viejas escondidas tras los visillos, mirando en secreto la salida a América de los barcos, los marineros, los fugitivos, los muertos. Imagino el balcón de vidrio de Cádiz una tarde ensangrentada, cuando el viento de Levante agita los pinos de talle desnudo y copas frondosas y parte un barco lleno de los muebles, los mantones, las fotografías, los cuadros y los iconos de una familia rusa, parte con un hombre y un niño muertos, escondidos entre sus posesiones que llegan a Savannah y se instalan de noche en la casa de enfrente mientras una muchacha yace entre los girasoles quemados del fin del verano y el aire levantino agita su cabellera negra y la voz del padre, del amante, del esposo, del hijo, le dicen, quédate allá, revive allá, déjanos muertos y sigue viviendo tú, Constancia, en nombre nuestro, no te des por vencida, que no te derrote la violencia impune de la historia, sobrevive, Constancia, no te dejes desterrar, sirve de dique a la marea fugitiva, al menos tú sálvate, hijita, madre, hermana nuestra, no te sumes a la corriente del exilio, por lo menos tú, quédate allá, crece allá, sirve de signo: *ellos estuvieron aquí*. Protégenos con tu recuerdo, séllanos con tu mirada... Recuerdo, mirando a los nuevos refugiados de una tierra cercana a la mía, mis viejas conversaciones con *monsieur* Plotnikov e imagino a Constancia asesinada entre girasoles muertos y esteros inmóviles, a las puertas de Cádiz, respondiendo, llévame donde quiera que éstes, llévame como una reliquia de la mansión del dolor, llévame como un juguete, como un ladrillo. Implorando.

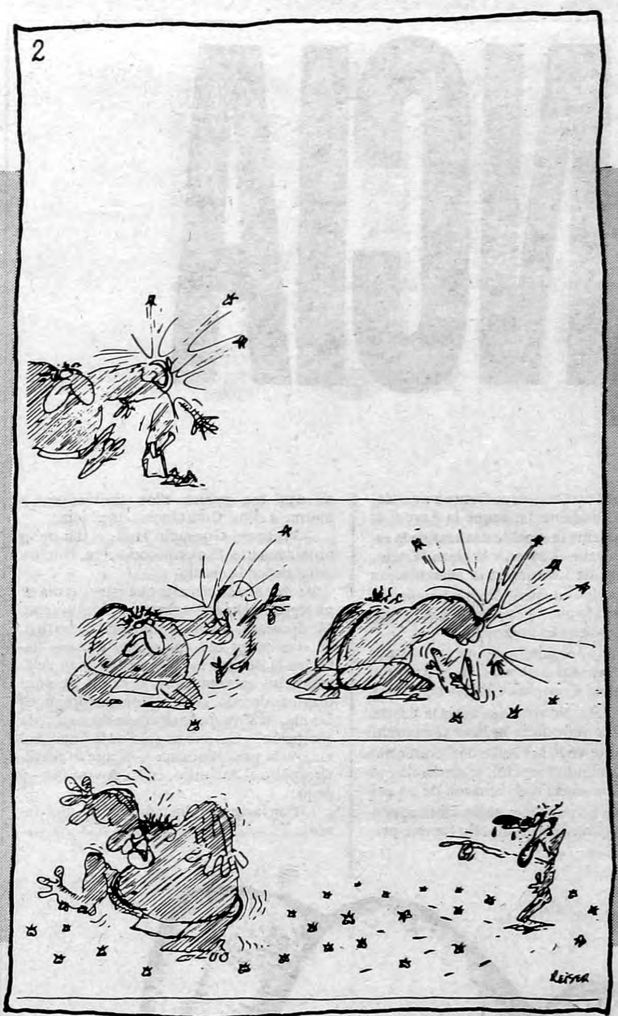
Imagino, sólo imagino; no sé nada, aunque sí siento, hasta las lágrimas, el dolor de las separaciones, la lejanía de los seres que adoramos. Pero desde ahora lo imagino solamente —a Constancia, a Plotnikov, al niño muerto—, porque los veo al fin como parte de algo más grande y que yo no comprendía. ¿Cuánto tiempo estuviste, Constancia, llevándoles vida —mi vida— a tus muertos? No importa. Yo estoy vivo ahora. Quizá tú no moriste en Cádiz al terminar la Guerra Civil —ah, dijo el joven archivista sevillano, el mundo estaba tan revuelto, sólo poco a poco se han ido reconstituyendo los hechos, tantas muertes, ¿tantas supervivencias también, tantas resurrecciones, tantos muertos oficiales que quizá sólo fueron fugitivos secretos?— y sólo esperaste, con paciencia, a que yo, o alguien parecido a mí, llegara y te trajera a América, cerca de lo que realmente te interesaba: ellos, que ya estaban aquí.

¿Cuánto tiempo estuviste, Costancia, llevándoles vida —mi vida— a tus muertos? No importa. Yo estoy vivo ahora. Tú estás donde quieres estar. Dales consuelo a tus muertos. Sólo te tienen a ti. Me detuve y pensé esto antes de hacer lo que tenía que hacer, que fue caminar hacia ellos, lentamente, hacia ellos, lentamente, hacia el hombre, la mujer y el niño, rodeados de sus bultos maliados y de mis periódicos viejos, las virutas en el suelo, el serrucho y el martillo, las tablas cruzadas, las estampas de la virgen pegados ya a las paredes: mi casa, habitada siempre, habitada de nuevo.

Todas las noches, las luces de la casa del señor Plotnikov se prenden. Les doy resueltamente la espalda. El resplandor entra por mis ventanas e ilumina los lomos dorados de mis libros. Trato de cerrar los ojos. Pero la convocatoria es perpetua: me llaman. Más tarde, las luces se apagan. Yo sólo iré a reunirme con Constancia el día de mi muerte. Antes no. El viejo autor me lo advirtió: —Vendrá usted a visitarme, Gospodin Hull, el día de su muerte. Lo esperamos. Nuestra salud depende de ello. No olvide.

Ahora me dirijo a la familia que me pidió asilo, llego hasta ellos y los abrazo muy fuerte, no se preocupen, quédense, vamos a hacer trabajos de carpintería juntos, no es malo para un viejo cirujano retirado, tengo cierta habilidad manual, quédense, pero tomen estos lápices, papel, plumas, por si los pescan, recuerden que éstas son cosas no confiscables, para que se comuniquen conmigo si los encarcelan, para que reclamen ayuda legal, lápices, papel, plumas, tráiganlos siempre con ustedes, ¿qué más saben hacer?, ¿alfarería?, ah, la tierra aquí es buena para eso, vamos a comprar un torno, ustedes me enseñarán, haremos platos, vasijas, floreros (toronjil, verbena...), mis manos no estarán ociosas, la alfarería es un trabajo sensual, mis manos están ávidas de tacto, no se preocupen, quédense, aún no, no se vayan, abrácenme, todavia tenemos mucho que hacer.





Gentileza Editions du Square

EL ENIGMA DE LA PIRATERIA INFORMATICA

Varios empresarios que necesitaban recopilar información de los bancos de datos de empresas competidoras, contrataron hábiles saqueadores de datos. Determine de qué empresa extrajo información cada ladrón, en qué archivo estaba grabado y qué ordenador utilizó.

		EMPRESA					ARCHIVO					ORDENADOR				
		Martin & Co.	Rey S.R.L.	Río Hnos.	Rock & Asoc.	Stereo S.A.	Clientes	Compras	Proveedores	Stock	Ventas	Apple II	Commodore	IBM	Macintosh	Wang
LADRON	Capone															
	Dimas															
	Manopla															
	Scarface															
	Villarino															
ORDENADOR	Apple II															
	Commodore															
	IBM															
	Macintosh															
	Wang															
ARCHIVO	Clientes															
	Compras															
	Proveedores															
	Stock															
	Ventas															

1. Martín & Co. está equipada con ordenadores Apple II.
2. Manopla extrajo información del archivo de Río Hnos.
3. Capone utilizó una terminal IBM.
4. Scarface sustrajo información del archivo de compras, mientras que Dimas hizo lo propio con el de clientes.
5. Quien se apropió del archivo de proveedores utilizó el Commodore.
6. Vilarino, que no obtuvo información grabada en el archivo de stock, se valió del Macintosh.
7. El ordenador Wang no es el instalado en Stereo S.A. ni el utilizado por Dimas.
8. Uno de los ladrones robó información del banco de datos de Rey S.R.L., acumulada en el archivo de ventas.

SOLUCION

Capone, Stereo S.A., stock, IBM.
Dimas, Martin & Co., cliente, Apple.
Manopla, Río Hnos., proveedores, Commodore.
Scarface, Rock & Asoc., compras, Wang.
Villarino, Rey S.R.L., ventas, Macintosh.

1) Landó, Carro, Sulky, Simón, Coche. 2) Manet, Soldi, Bosco, Monet, Degas.

INGENIO

UNA POR COLUMNA

Leyendo una letra de cada columna forme en cada tablero cinco palabras del tema indicado.

1. Carruajes

L	I	L	R	O
C	U	C	O	O
S	O	R	H	N
C	A	M	D	Y
S	A	N	K	E

2. Pintores

M	O	L	A	O
S	A	S	E	S
B	O	G	E	T
M	E	N	C	I
D	O	N	D	T